

Hombre sin destino¹

Estela Parral de Terán*

«Entre Marx y una Mujer desnuda» es la obra de un escritor avezado, de un hombre escéptico. Su protagonista es el propio Adoum solicitado por dos poderosas fuerzas, su ideología política, su ansia de justicia y un exacerbado sensualismo cuya manifestación, sin inhibiciones, es bastante frecuente en la narrativa actual.

Sobre estos dos factores que dan substancia al libro, prepondera otro, que obsesiona a Adoum y preocupa a la mayoría de los escritores de nuestro tiempo, el de la técnica expresiva. Para quien está interesado en el problema literario, la primera parte de la novela resulta especialmente atractiva. Al

escritor de esta época ya no le importa tanto qué dice, sino, cómo lo dice. Entre los caminos a tomar, tan numerosos y conocidos, Adoum vacila. Menciona sistemas y nombres de personalidades tan fundamentales como Joyce o Proust a cuya influencia es muy difícil escapar. Hace conocer sus dudas con sinceridad. Sale al paso de los críticos burlonamente y se adelanta a sus posibles objeciones. Del nihilismo literario que le agobia se pueden dar muchos ejemplos, como cuando dice: «Ya no basta escribir —se supone que todo escritor honesto debe escribir bien— ya no son suficientes las ideas —todas ya han sido dichas por los otros— ni las situaciones —todas han sucedido

¹ Publicado en el Diario «El Comercio» el 20 de noviembre de 1977.

*Estela Parral de Terán (Argentina, 1920-Quito 2005). Escritora y catedrática de origen argentino, se nacionalizó ecuatoriana en 1966. Integró la sección de letras de la Casa de la Cultura y el Instituto Hispánico. Escribió por más de treinta años en periódicos ecuatorianos como El Comercio y Expreso. Su último libro fue *Horizonte azul*.

ya— ni las invenciones de lenguaje que se están volviendo tan aburridas con el lenguaje mismo». Y es así cómo de todos los métodos y estilos más sobresalientes hace un variado «collage» de cuyo resultado positivo es él, el primero en dudar. La forma en la que más persiste es la introducida por Michele Butor. Utiliza el «tú» para referirse a sí mismo, involucrando de esta manera al lector en sus reflexiones que atañen a todos por igual. Para justificar este auto-diálogo enumera varias razones. La fundamental es aquella en que dice «yo sólo importo en la medida en que puedo ser otro él, un él cualquiera, que anda por el texto».

Si tratamos en primer lugar sobre el estilo de la obra es porque desde sus primeras páginas el escritor cuestiona su propia labor. El libro en este aspecto formal y en el de su contenido, es denso y sugerente. Para Adoum como para todo creador de verdad, escribir es encontrarse a sí mismo y la creación una verdadera lucha a muerte. Expresa sus vacilaciones pero encuentra en definitiva un matiz propio en el espontáneo desenfado, en la brillantez de su ingenio, en sus innovaciones lingüísticas, en sus aciertos dialécticos, en su aguda observación de la realidad, en su sincera indignación contra el abuso de una organización social injusta y cruel. Sin embargo, escribir para él, representa

una tortura. El novelista de este siglo no tiene la fe en la gloria y en la fama que alentaba a los del siglo anterior, —reflexiona Adoum— De este modo va penetrando en la médula del problema. Uslar Pietri, en un reciente ensayo, se refiere a la crisis de conciencia que ha acometido a muchos escritores de la segunda guerra mundial y el proceso de una agónica y desesperada búsqueda de un rumbo propio, escogido con libertad, para cumplir responsablemente su misión en la sociedad. En realidad no se puede desconocer que el hombre asoma su cabeza entre los escombros de dos grandes conflagraciones y las ruinas de sistemas filosóficos y tesis políticas que han perdido su cabalidad de indiscutibles. La desorientación del mundo moderno es evidente. El filósofo Juan Zocchi, refiriéndose al ser humano contemporáneo habla de un hombre sin destino. Para Becket, para Elliot estamos en un mundo aniquilado, en un desierto poblado de nostalgias y solamente podemos esperar el caos último, la destrucción total. Adoum tiene el mérito de testimoniar una civilización conflictiva, que parece desmoronarse por el resquebrajamiento de ciertas columnas que hasta ahora la habían sustentado. También se refiere acertadamente a la terrible contraposición en que vivimos: «Estás descuartizado en tu época, entre los

viajes interplanetarios y el hambre de la tierra, entre la aventura de la física moderna y la tortura como método de persuasión». Fiel a su posición política habla de la «esquizofrenia del capitalismo» y comenta críticamente la situación de su país, «Desde la escuela y aún desde la familia nos meten por la fuerza educación, costumbres, religión, ideología, pornografía, avidez de dinero, crueldad, ansia de poder, egoísmo», dando como consecuencias de un determinado sistema político condiciones, defectos y pasiones propios del ser humano que se han manifestado desde las civilizaciones más antiguas.

«Entre Marx y una mujer desnuda» no es una novela en el sentido tradicional de este género literario. El ideal de Adoum es poder prescindir de la anécdota. Presenta varias historias inconexas, desarticuladas para que el lector las recomponga mentalmente y levante con su propio esfuerzo el andamiaje del relato, convirtiéndolo de esta manera en co-autor.

Adoum talvez no haya logrado una gran novela, pero él es un gran escritor. Lo ha demostrado fehacientemente con sus obras poéticas anteriores y lo confirma con esta actual de carácter lírico-narrativo. Son muchos y magníficos los fragmentos en que se hermanan prosa y poesía. Su obra en

verso rezuma una pasión cuya fuerza le inspira las más originales y ásperas imágenes. Su amor por su tierra, su indignación ante la fatalidad histórica del sometimiento indígena, le encauza hacia un enfoque dramático de la realidad de la patria. Pasada la etapa de la impresionable juventud continúa sin embargo dentro del cuadro de escritores marxistas.

A pesar de eso al final de la obra vuelve sus armas contra su propio partido, criticando su división, y agrega, no somos hombres de acción, «el delito mayor es la literatura». También hace decir a un tupamaru, ¿para qué la Primavera de Boticelli si es necesario empuñar una metralleta?. Otros escritores de la misma línea han argumentado, ¿para qué escribir si así no se puede evitar que un niño se muera de hambre en Vietnam?. Ernesto Sábato, refuta claramente esta falacia y toma una actitud positiva. Adoum, en cambio, asqueado ante una sociedad burguesa la cual no quiere pertenecer, es negativista y se hunde en el pesimismo. De todas maneras, contrariando cualquier consigna se toma el trabajo y la responsabilidad de crear una obra que formula muchos interrogantes válidos, que es al mismo tiempo un violento y justificado embate contra todos los convencionalismos.

Preponderó su afán de comunicación, su sano propósito de hacer «un arte-impacto, medicinal sobre todo para los queridos compatriotas». Se refleja en todas sus páginas su descreimiento pero este desasosiego se alterna con trozos de hermosas descripciones y con otros impresionantes en donde presenta la vida mísera y sombría de los indios.

La fantasía de sus imágenes salvan muchas veces el escollo del cinismo, como cuando dice de su madre: «no sabía que el llanto iba a ser su segundo idioma». Prepondera no obstante el crudo realismo y la expresión soez. Por otra parte en el habla espontánea surgen de su pluma pintorescos neologismos que reúnen dos o más palabras o conceptos, convirtiéndose en un verdadero innovador del idioma. En un análisis detallado podrían señalarse numerosos pasajes en que se conjugan sus dotes de poeta y novelista como aquel famoso contrapunto del viaje de Margaramaría en tren, desde la sierra a la costa, y las reflexiones de Gálvez desde Licán en donde la espera, ansiando el encuentro.

En cuanto a su contenido hace una comparación bastante precisa: «El libro te va saliendo a la manera de esas muñecas rusas o las canastillas de paja de Otavalo: tú escribes un libro sobre

un escritor que piensa escribir un libro sobre un escritor, —por fortuna éste escribe algo sobre sí mismo y no sobre otro colega». A esto podríamos añadir que querer comentar esta obra en toda su complejidad y diversidad, es como pretender encerrar todas esas cajitas en una más grande que las envuelva. Esta debía ser de una dimensión tal, que sobrepasa en mucho los límites de un artículo.

Uno de sus personajes es Joaquín Callegos Lara, de una personalidad tan vigorosa y humana que aglutinó a un grupo de jóvenes costeños que mojaban su pluma en las tintas más concentradas del amor y del odio. Adoum le rinde un fraterno homenaje, pero esa época de lucha y aquella amistad quedaron muy atrás en el tiempo. El vive actualmente en París y al recordar la figura verdadera del amigo, hace una amalgama de realidad y fantasía, para seguir una vez más, una corriente literaria en boga.

Desde sus primeros párrafos y en todo su desarrollo recurre al uso de la palabrota y a la descripción de la urgencia sexual en la vulgar aventura amorosa. Todo esto es un ostentoso alarde o como un desafío a «un mundo en contagiosa descomposición».

La aclaración de Adoum de que su libro no es para mujeres, es innecesaria.

No lo es en efecto, para hombre o mujer, a quienes desagrada la repetición constante de expresiones groseras o pornográficas. En las trescientas páginas del libro hay un solo fragmento en donde se refiere al amor como a algo inexpresable, desconocido y misterioso, diferente en cada ser; y únicamente una parte que se salva de la general saciedad; la de la tierna amistad infantil con Ana Rosa. Pero ignora al amor que al mismo tiempo que convierte a dos individualidades en una, es capaz de atravesar hasta las barreras mismas de la muerte y hacerse perdurable.

De la desorientación en que vive nuestro mundo contemporáneo puede salvarnos la fantasía y la belleza poética, el sortilegio de la emoción vertida en la música y en el arte, que si bien nos transportan y nos sacan de la realidad, nos devuelven a ella purificados, mejor preparados para la reflexión y la acción como resultado de una alta depuración lírica y estética.

Adoum hace para terminar una magnífica cita de Umberto Eco: «La belleza no va más allá de la superficie, de la forma, y aparece entonces como un resultado morboso del arte. El gran arte tiende sólo a la persecución de la verdad».

A esta irrefutable afirmación agrega Adoum, «aunque acaso haya que

cambiar verdad por conocimiento», tomando una posición hegeliana, racionalista, que limita en forma inconcebible el amplísimo contenido espiritual y vivencial que encierra esa palabra, grande y hermosa como ninguna otra. 